

VIAJES POR EL TÉRMINO DE LORCA

Á TRAVÉS DE LOS TIEMPOS GEOLÓGICOS, CON UNOS CABALLEROS EN DESUSO.

(CONTINUACION)

Con rumbo noroeste nos internábamos en aquel mar, cuyas aguas iban presentando cada vez un color más verdinegro, y al cabo de un gran rato dije á mi acompañante.

—Sabeis, Sr. Neptuno, que me extraña no haber visto en las playas de este mar el mas pequeño indicio de vegetacion, cuando dicen que durante la época jurásica hermosearon la tierra árboles de porte majestuoso, y arbustos de hojas recortadas en mil festones como las *Habelarias*, *Higleas*, *Palmacistas*, etc.

—Es verdad, me contestó, pero á poco que hubieras reflexionado, habrias hallado la razon de este fenómeno: las plantas no nacen todas en todo lugar: tienen, como dicen los botánicos, su *area*, ó region donde encuentran la cantidad de calórico y de luz que necesitan para vivir, y los alimentos que han de sostener su vida; si cualquiera de estas tres cosas falta, la planta perece: esto, uno de los poetas antiguos, más amigo de otros Dioses que mio, ya lo conoció cuando dijo *Non omnis fert omnia tellus*. ¿Sabes latin?

—Sí, le contesté:

—Cuándo lo aprendiste?

—En 1833.

—Entonces sabes lo que quiere decir la cita que te he hecho: pues bien, no olvidarás que el fondo de este mar, las playas que le rodean, y todo el suelo de Lorca está formado de arcillas ferruginosas, cargadas de sales de magnesia, de cal, y de alúmina, como has tenido ocasion de ver en uno de los viajes anteriores; todas estas sustancias son contrarias á la vegetacion, no solo de los árboles que has citado, sino de otras plantas de organizacion mas sencilla.

—¿Y los grandes reptiles, los enormes *Megalosaurios*, los *Pterodáctilos*, *Ignanodon*, y otros, tampoco se encuentran?

—Es natural; estos son reptiles terrestres que se alimentan de insectos, moluscos y otros animalejos que viven en los sitios poblados de vegetacion, no habiendo aquí ninguna, no encontrarían con que alimentarse, y eso no hablaría muy en favor de la Providencia.

En esto vi pasar un objeto blanco-rojizo de unos dos decímetros de largo, que con la velocidad de una flecha, y como si obedeciese à los impulsos acompasados de un resorte, atravesaba las aguas cerca de la superficie; al poco vimos otro, y luego otros muchos, era aquello una verdadera falanxe; intenté cojer uno de los mas cercanos, y de pronto desplegó ocho largas patas, adhiriéndose con fuerza à mi mano y produciéndome un vivo dolor como de una quemadura; al mismo tiempo ví enrojecérsele dos enormes ojos de iris dorado.

—¡Calamares! dije.

—No, son *Belemnitas*, dijo Neptuno, tienen alguna semejanza con los calamares en su forma, pero en su interior difieren mucho.

—¡Ya! son todos de la misma familia, aunque cada uno tendrá su índole especial y su modo de pensar; su Credo, como ahora se dice; y dígame V. Sr. Neptuno: ¿Hay rivalidad entre los *Calamares* y *Belemnitas*; luchan entre sí, ó fraternizan?

—Cuando van à cojer alguna presa se coaligan, fraternizan, como dices; pero cuando la han envuelto entre sus garras, si, como sucede de ordinario, no basta à saciar à todos, entonces queda rota la armonía, y el mas ladino se lleva la mejor parte.

—Lo mismo que.....

—Lo mismo que te decia, su cuerpo parece un saco sostenido por una prolongacion córnea dividida en varios departamentos; en estas aguas encontraremos tres especies, que los naturalistas han distinguido por la forma de ese núcleo interior.

—Eso es lo que únicamente conocen, y por eso les han dado existencia independiente, haciendo otras tantas especies; aquí veo la *Belemnita* en forma de maza, la puntiaguda, y la ensanchada, ó sea; *Belemnites clavatus*, *Belemnites mucronatus*, y *Belemnites latus*, de los geólogos: estos animales parece que navegan en plena-mar.

—No mucho; generalmente buscan las costas y parajes rocallosos porque se alimentan de ostras que viven en esas localidades: no tardaremos, prosiguió Neptuno, en encontrar otros navegantes mas osados; siempre ocupan el último camarote de su barco, que van agrandando à medida que crecen.

—De seguro que habláis de las *Ammonitas*, familia de moluscos numerosísima; éstas, al ménos, no diréis que no las conocen los geólogos.

—Conocen solamente su concha, pero ninguno ha visto, la más ligera impresion del cuerpo del animal: tú solo vas à verlo al momento.

Y sin más decir nos encontramos en el fondo del mar, por el que andábamos con mas facilidad, y menos embarazo que si lleváramos

los aparatos narigudos que pone Julio Verne á sus marinos.

Aquel fondo era una especie de marga blanquecina, ó más bien, una caliza en via de formacion; tropecè con un cuerpo duro, envuelto en aquel fango, y era una concha de *Ammonita*, pero muerta; el animal habia desaparecido, y ella estaba completamente descolorida, y se deshacia al tocarla.

--Deja esos restos, me dijo el Dios de las aguas, tendrás donde saciar tu curiosidad.

Y así fué, que al cabo de pocos minutos vimos venir una armada; tal parecian aquellas conchas enroscadas como la proa de un barco antiguo, adornados sus costados con multitud de relieves; estrechas y agudas unas, como la canoa de un salvaje; cortas y abultadas otras como una *Trireme* romana, y todas moviendo á uno y otro lado, á manera de remos sus miembros, especie de prolongaciones puntiagudas semejantes á las patas del Calamar: para no interrumpir su marcha majestuosa á través de aquellas aguas, viré á estribor mi personalidad.

—No tienes necesidad de apartarte; estos animales tienen vista y evitarán un choque, que por otra parte no les causaria grande averia: ahora repara en las que van cruzando delante de tí, á ver si conoces las especies.

Aquellos marinos no habian perdido todavia el respeto al gefe de sus dominios, porque al pasar por delante de Neptuno, izaban sus remos, y maniobraban en calma.

—¡*La ammonita bakeria!* esclame; al ver una de color amarillento, y cuyos costados presentaban una multitud de pliegues unduloxos y oblicuos.

¡*La Ammonita comun!* de proa redondeada y estriás circulares.

¡*La Ammonites catena!* de casco negro, costados lisos adornados con líneas escavadas, representando hojas de una planta.

¡*La Numancia!* ¡*La Numancia!* dije alborozado, al ver acercarse una enorme *Ammonita humpresiana*, que no tendria ménos de dos decímetros de eslora.

—Pareces un Vigia, me dijo sonriendo Neptuno; sigue, sigue, que aun quedan.

—¡*La Ammonita aperlada!* de color parduzco, con una série de espiones á los costados, y quilla aguda

¡*La Ammonita variable!* buque pirata, navega sin pabellon, su concha muda de forma y de atalaje, confundiéndose con otras.

—Ponte al habla con él; cuando eso hace estará con sentido, ó cuando ménos tolerado, dijo el Dios Neptuno.

De cada una de estas conchas pasaba una multitud de distintos tamaños segun la edad del molusco; detrás, y como escolta de honor venian grandes *Nautilus*, con sus dos brazos izados cual pabellon, y con su enorme concha de una capacidad suficiente á llevar los viveres que la anterior escuadra necesitara.

—¿Estos representarán las grandes potencias marítimas? pregunté á

Neptuno.

—Al ménos, me contestò, representan la fuerza.

—¡Ay entonces de los débiles, ¡Ay de los que solo tienen razon..! iba á continuar con lamentaciones, cuando me llamaron la atencion unos animales con dos conchas desiguales, que estaban sujetos á las rocas por un largo filamento, bastante grueso, que salia por el vértice de la concha más grande; al instante conocí que eran las *Terebrátulas*, moluscos que aparecen en las primeras capas fosilíferas del Globo; llegan á su máximum en el periodo jurásico, y comienzan á decrecer hasta el punto de no existir en la creacion actual, más que una en el Mediterraneo, la *Terebrátula vitrea*; entre las que reconocí estaba la abultada y maciza *Terebrátula insigne*, la elegante y pulcra *Terebrátula estriada*, la puntiaguda y angulosa *Terebrátula digona*, y probablemente otras que no pude observar porque me subí con Neptuno á la superficie.

—Está el mar en calma chicha, como dicen los marinos, y yo esperaba que nuestro viaje submarino hubiera sido más agitado.

—Las olas, contestó Neptuno, no alcanzan al fondo, sinó cuando éste es pequeño, ó cuando hay corrientes submarinas.

—Y este mar no las tiene? le interrumpí.

—Sí, pero aquí no son sensibles; sería necesario internarnos mucho, porque aquí forma una gran ensenada colocada fuera del alcance de la corriente que se dirige de NE. á SO.; pero te has propuesto no salir del territorio de Lorca.

—¿Y á dónde corresponde el sitio ocupado por estas aguas? pregunté.

—A toda la parte Noroeste, ó sea donde se levantará después la cordillera del *Gigante y Culebrina*, los llanos de la *Paca, Doña Ines, y Campo-Coy*.

—Violento deberá ser el empuje que sufran los sedimentos que ahora se depositan con regularidad y horizontalmente en este fondo, si han de levantarse á la altura de 1495 metros, que tendrá esa cordillera.

—Lo sera, en efecto, y de ello puedes formarte una idea aproximada, recordando el levantamiento que presenciaste de la sierra de Enfrente.

—¡Seréis tan amable, Señor Neptuno, que dejaréis que os acompañe y presencie ese gran fenómeno!

—No tendria inconveniente; pero no sé cuando va á tener lugar; estas son erupciones plutónicas, y solo el dios del fuego sabe cuando van á ser; ten paciencia que ya se presentará ocasion; mientras tanto te dejo por hoy.

Y sin más decir desapareció; y con él, el mar Jurásico, y las playas rojizas de Lorca, y el islote de la sierra de España, y el arrecife del pantano, y todo, en fin, lo que habia visto en mi navegacion; solo observé que tenia delante metódicamente ordenados varios fósiles, todos del sistema jurásico, y todos de Lorca, y cuyas respec-

tivas etiquetas decían algunas, *Pecten fibrosus; Lucina Gabrielis; Rhynchonella insconstans;... etc.*

Una sonora carcajada se oyó á mi espalda, y al volverme, un tanto amostazado, vi á mi amigo que decía.

—Pon, pon nombres técnicos, y ya verás que calamidad.

—El lenguaje de la ciencia, le contesté debe ser universal, y no como el del vulgo, que varia según los países.

—Toma, me dijo, y me dió el num. 27 de EL ATENEO LORQUINO: aquí dice, en la primera página, que las calizas olíticas se llaman así, por asemejarse su estructura á los *huesos* de pescado, en vez de á los *hucvos* de pescado; item, que el arrecife del pantano *lo forman* los corales y madreporas actuales, en vez de *no lo forman*; item, *caliza cobaltina* por *caliza coralina*; item, varias letras que no eran las llamadas á figurar en los nombres en que están.

—Amigo, le contesté; el error es propio de la humana naturaleza, perdida que fué su gracia original, y punto final.

F. CÁNOVAS.

¡SIEMPRE ANDANDO!

Era ella encantadora,
Su mirada alegraba el alma mía,
Su faz deslumbradora
Era de mis amores la poesía;
Y en tanto que la amaba....
El tiempo ... caminaba.... caminaba....

Dióme su amor la hermosa,
Y á las plantas de Dios ruborizada
Juró que era mi esposa;
Juré yo que por mí sería adorada:
Yo mis dichas gozando....
Y el tiempo caminando.... caminando....

Y luego, torpe muerte
Hirió con su guadaña triste y fiera
La mujer que á mi suerte
En lazo insoluble Dios uniera;
Y mientras que lloraba,
El tiempo caminaba ... caminaba....

Y encaneciò el cabello;
 Y enfriaron lo años mi cabeza;
 Y ni un solo destello
 Me quedaba de amor y de tristeza:
 Vivía solo temblando ...
 Y el tiempo caminando.... caminando ...

—
 Me hallé sujeto à un lecho;
 La parca me mandó su aliento frio;
 Y el corazon deshecho
 Quedó sin vida dentro el pecho mio:
 Yo ya no respiraba,
 Y el tiempo caminaba.... caminaba ...

—
 FELIPE PLA.

ESTUDIOS FILOSOFICOS.

ERRORES COSMOLÓGICOS.

1.º

ATOMISMO.

¿Quién ante la risueña majestad, ante la sublime belleza de una mañana de primavera, ò ante la melancolía de una tarde de otoño no vé el nombre de Dios escrito en las flores por las gotas del rocío, ni su omnipotencia en el rayo primero de la Aurora, ni en la armonía de la naturaleza su sabiduría? ¿Quién no une su voz al canto de alabanzas que á Dios dirige el mundo entre los melancólicos acordes de la tarde?

El alma, en efecto, se eleva á las divinas regiones donde fué formada, y presentando á Dios el profundo homenaje que aves, fuentes y flores le tributan con cadenciosa armonía, le rinde culto presentándole sumisa su inteligencia y su corazon.

¡Cuánta satisfaccion no experimenta el hombre cuando siente dentro de sí complacida á su conciencia, despues de haber alabado á Dios, que ha creado tanta belleza para su bien! Parece escucharse la voz del Altísimo bendiciendo nuestras acciones, al aceptar nuestro tributo de sumision; y como si para premiar nuestro homenaje die-

ra mas hermosura al mundo, éste se llena de una belleza tal que parece robarse para alegrarnos.

Pero esta belleza visible que sirve al alma creyente de escala para llegar á la belleza infinita é invisible; esta suntuosa obra que al filósofo cristiano hace recordar á su divino Hacedor, no eleva á muchos hasta el trono de Dios, para reconocerle como sábio y omnipotente Artífice de esta complicada y armónica máquina; lejos de esto, buscan un método ingenioso, un sofisma que pueda explicar la causa de una unidad tan perfecta; de una variedad tan múltiple; de una armonía tan bella, tan asombrosa.

Es natural ¿Cómo estos desgraciados han de ver al autor en su obra, si lo primero que han hecho es negarle; si lo que pretenden es que no exista? Por esto han afirmado que la materia es eterna, porque así desaparece la necesidad lógica de reconocerle un autor; puesto que *lo que es de siempre* no lo necesita. Mas si están conformes en tal afirmacion, no lo están al querer explicar como la materia formò los cuerpos. Sientan y defienden unos, que *la materia en el estado de átomos, despues de haber estos, en sus movimientos eternos, agotado las combinaciones posibles, llegaron por aglomeraciones fortuitas, á formar el mundo tal como lo vemos*; y esta escuela se conoce con el nombre de *Atomista*. Otros, no atreviéndose á defender absurdo tan patente, afirman que *Dios criò al mundo de su propia sustancia*, y este es el *Pantheismo*, cuyas diferentes escuelas estudiaremos á su tiempo. Finalmente; hay quien sustenta que *Dios criò al mundo de una materia eterna como El mismo*, y este es el sistema que llamamos *Dualista*. Tales son las teorías que, en contra del dogma de la creacion, pretenden explicar como de la materia eterna se pudo formar el mundo; cuya discordancia entre sí mismas prueba más que nada el error que encierra la peregrina idea de una materia eterna; puesto que si la eternidad de la materia fuera una verdad innegable, cierta y palmaria como lo es el dogma de la creacion, no habria discordancia alguna respecto al modo que tuvo la materia de formar el mundo.

Pero dejemos esto para examinar el primero de dichos sistemas, que es el asunto especial de este artículo.

«Nosotros sostenemos, dicen los atomistas, que todo resulta de
 «juego y aglomeracion de corpúsculos (átomos) aislados en un prin-
 «cipio. Estos corpúsculos se hallan en un movimiento perpétuo,
 «lanzándose continuamente á derecha ó izquierda, y revoloteando en
 «el vacío, como esas particulas de polvo que vemos agitarse y arre-
 «molinarse en un rayo de sol que entra por una ventana entre-
 «abierta. De estos corpúsculos se formaron todos los seres; las yer-
 «bas, los árboles, los frutos, los animales, así como tambien el agua
 «y el fuego no reconocen otro origen. Todo procede de los átomos
 «para disolverse en átomos.» (1.)

(1) Lactancio, lib. de ira Dei, c. X. Contra atomistas

«Los átomos no pueden ser jamás creados de nuevo ni dejar de existir; no pueden sino cambiar de combinacion.» (1)

Este es el sistema que vamos á combatir por que no explica el órden del universo, antes por el contrario se le opone.

Y en verdad.

Esos átomos *que no han sido creados* y que han formado en su *perpétuo* movimiento todos los seres, ¿en virtud de qué ley se rigen, á qué ley obedecen?

«A ninguna. contesta esta escuela; al acaso: *todo* resulta de su «juego y aglomeracion.» Y bien; ¿como sucede que el efecto tiene cualidades esenciales que la causa lo posee? ¿Como puede ser el efecto mejor (digámoslo así) que la causa? ¿Como, en fin, tiene el mundo leyes á que obedece constantemente, hoy como ayer, mañana como hoy, si la causa que lo ha producido, la sustancia de que ha sido formado, la esencia que lo ha constituido no las tiene? Pues qué, filósofos atomistas; la materia que hoy vemos sujeta á leyes ¿no es la misma que ayer informe, decís, vagaba al acaso *á derec'ia ó izquierda*? ¿En qué consiste, decidme, que la materia tiene leyes cuando constituye los cuerpos, y no las tiene estando los átomos aislados? Esto no lo podeis negar: por un lado vuestra doctrina, y por otro la realidad prueban la diferencia que se advierte en uno y otro estado de la materia. El mundo obedece á leyes fijas y constantes, y el mundo es esa materia de cuya aglomeracion. decís que ha surgido; la misma que vagaba al acaso; testigos vosotros, vuestra doctrina que nos asegura que la materia no puede dejar de existir, si solo cambiar de combinaciones. Luego si la materia tiene leyes, debe haberlas tenido siempre; luego es contrario á razon porque no explica el orden del universo, el afirmar que éste ha sido formado por el juego ó aglomeracion de los átomos.

La fuerza de este argumento es tan poderosa contra el atomismo de la antigüedad, que los atomistas modernos, queriendo evitar semejante contradiccion, se replegan y defienden en otras trincheras, que ellos creen más inespugnables.

No es, dicen, por el *acaso* como se formó el mundo: «los átomos, «la materia tiene una propiedad inseparable, que le es inherente de «toda eternidad: *la fuerza*. La idea de una fuerza que no estuviese «unida á la materia, sería absurdísima. (2.)

«La materia no es un vehículo al que se enganchan ó se desenganchan las fuerzas á guisa de caballos. Estas propiedades son «de toda eternidad inalienables, intrasmisibles» (3.) «Si consideramos una materia primitiva, cualquiera que sea, preciso será que «haya entre sus moléculas un sistema de atraccion y repulsion sin «el cual quedarían anuladas y desâparecerían» (4.) «No podemos

(1.) Luis Büchner, *Fuerza y Materia*. II.

(2.) Moleschott.

(3.) Dubois-Regmond.

(4.) Luis Büchner

«imaginar á los átomos destituidos de fuerza, sin esa relacion de atraccion y repulsion mutuas que los contienen y da á los cuerpos «la forma y el aspecto que representan.» (1.) Esta es la teoria de los atomistas modernos, la cual viene en nuestro apoyo para combatir la escuela de Leucipo y Demócrito, dándose el extraño caso de que el error pulverize al error; pero que hemos de combatir y rechazar por absurda y porque tampoco explica el órden que admiramos en el universo.

No nos detendremos en este punto para demostrar la diferencia que hay entre lo que es *fuerza* y lo que es *ley*, palabras tomadas como sinónimas y que expresan bien distintas ideas; aunque sabemos que al marcar esta notable diferencia caia por su base la doctrina que vamos á refutar. Aceptamos la palabra *fuerza* tal como la expresan y entienden los nuevos atomistas y vamos á ver si es posible que las fuerzas hayan podido formar no solo el órden del universo, sinó los cuerpos.

Ocho fuerzas distintas reconocen estos filósofos: *gravedad, fuerza mecánica, calórico, luz, electricidad, magnetismo, afinidad y cohesion*; pues supongamos que por la afinidad y la cohesion llegaron á formarse los cuerpos. ¿Pueden explicarnos los atomistas qué se hizo de la fuerza mecánica, ó sea la fuerza de inercia, en aquel momento en que los cuerpos celestes comenzaron á recorrer sus órbitas? Siendo la fuerza una propiedad esencial de la materia, y siéndolo por lo tanto la inercia: ¿Quién impulsó al planeta Venus para que en su movimiento recorriera 28.953 leguas por horas? ¿Quién á los demás astros, cuya velocidad nos pasma, causando vértigos en la imaginacion que la reflexiona? A este argumento podrá decirsenos con Rolland, que el movimiento es una de las cualidades esenciales de la materia; que todo átomo, todo cuerpo tiene en sí mismo naturalmente la facultad de moverse como tambien la de ser movido (2.) A tamaño absurdo en contra de la ciencia, no contestaremos nosotros, dejando oír los argumentos de dos sábios.

«La extension y la dureza cumple toda la naturaleza del átomo. «La fuerza de moverse no queda incluida en su esencia: siendo este objeto extraño y extrínseco á lo que concierne al cuerpo y á la extension.» (3)

«La idea de cuerpo y de materia nos representa una sustancia «extensa, impenetrable, divisible, *móvil*; pero no en movimiento. «Podemos concebir á la materia sin el menor movimiento y perfectamente en reposo; sin que esto obste á los ojos de la razon á que la «materia sea la materia, ni un cuerpo deje de ser cuerpo. Luego *el movimiento no es una propiedad esencial de la materia*. Una propiedad «esencial se halla tan intimamente ligada á la cosa, que se la encuentra siempre en ésta, en todos sus diferentes estados, mientras

(1.) Luis Büchner.

(2.) Rolland (carta IV á Serene)

(3.) Bayle (Dict. crit. artic, Leucipo)

«conserva su existencia propia, su propia naturaleza, y por consiguiente una propiedad que se concibe y se ve separada de la cosa, sin que ésta cese de ser lo que es, es una propiedad que no es esencial. ¿Y acaso no vemos á la materia y á los cuerpos siempre y por doquier en reposo, á ménos que una causa extraña los ponga en movimiento? ¿Acaso no vemos á la materia y á los cuerpos oponer siempre y por doquier á toda fuerza exterior una resistencia igual á la masa que encierran bajo sus volúmenes respectivos? ¿No vemos tambien que todo cuerpo que se halla en movimiento tiende á permanecer en él, á ménos que una fuerza exterior venga á impedirlo? ¿No vemos igualmente que este mismo cuerpo en movimiento opone á la fuerza que quiere hacerlo pasar del movimiento al reposo una fuerza igual á la que habia opuesto á la fuerza que queria hacerlo pasar del estado de reposo al del movimiento? Pues esta impotencia de parte de la materia á cambiar de estado, á pasar por sí sola del movimiento al reposo y del reposo al movimiento, se designa por una sola palabra: la INERCIA.» (1)

Contra tales razonamientos, se estrellan todos los sofismas del atomismo, igual que contra esa ley, que no han podido por menos de reconocer los modernos atomistas al querer explicar la formacion del universo por esa propiedad *inseparable* de la materia, que le es *inherente de toda eternidad: la fuerza*. En vano se nos querrá redargüir, diciendo que la tierra como los demás astros siempre se hallan en movimiento: nosotros contestaremos fudándonos en sus palabras, que la materia de los astros es la misma que la de los cuerpos que vemos en reposo, y por tanto debe tener las mismas cualidades que aquellos; y si en último término se nos dijera que ese reposo es aparente, porque todos los cuerpos se unen con la tierra, nosotros contestaremos que estos cuerpos no se mueven, y si son llevados como el viajero por el carruaje que le conduce, y que si fuese cierta tal afirmacion, nosotros ni los cuerpos que recibieran nuestro impulso podriamos movernos sino en la misma direccion de nuestro planeta, siendo así que nuestros movimientos son tan varios como nuestra voluntad y que imprimimos el que nos parece á los cuerpos que impulsamos.

Ahora bien: una teoría que lejos de probar el movimiento, como quiere, lo niega porque la inflexibilidad de la lógica y la realidad de los hechos la obligan á hacerlo así ¿puede explicar el orden admirabilísimo del universo? Y si no ha podido tanto ¿podrá explicar la formacion de los cuerpos? Ciertamente que no.

Aceptamos por un momento y para hacer más palmario el ridículo absurdo de estos pretendidos filósofos, la teoría de que los átomos en virtud de la *fuerza* formaron los cuerpos. ¿Y por qué, preguntamos, no se reproducen hoy los mismos fenómenos? ¿Por

(1.) P. V. Ráulica. (Razon católica y razon filosófica, conferencia XIV)

qué tenemos hoy que arrojar la semilla á la tierra para que nazca el arbusto? ¿Por qué en el reino animal se necesita hoy la union de ambos sexos para la reproduccion? Pues qué: ¿los átomos de una encina no son de igual sustancia que los que formaron la primera? ¿El fósforo que contienen los huesos de los animales que hoy vemos, no tiene las mismas cualidades que el que formara el primer hueso? Pues, vosotros, filósofos atomistas, habeis dicho que «un átomo de hierro es y sigue siendo lo mismo, ya sea que recorra el universo en un aereolito, ya que resuene en la via ferrea, ya que chispee como glóbulo sanguíneo en las sienas de un poeta.» (1) ¿Pues, qué lógica es la vuestra que negais que *Dios criò el cielo y la tierra*, porque no comprendéis «que una fuerza pueda ser tal fuerza, ni existir, sino en tanto que está en actividad,» (2) y no negais el poder de los átomos que no han vuelto á producir un solo cuerpo más, siendo, por tanto culpables del delito que inculpais á Dios, *la inaccion*? Por tanto, con más razon que con la que vosotros negais á Dios el poder criar la materia y formar el mundo, niego yo, fundándome en vuestros propios argumentos, que los átomos y la fuerza hayan formado lo cuerpos.

Después de lo expuesto; después de ver palpablemente, á pesar de haberle concedido al atomismo cuanto pudiera desear, que es una falta de lógica y está contra razon su peregrino sistema ¿á qué detenernos más en rebatirlo?

No demostraremos por consiguiente, que la misma fuerza mecánica, la inercia, hubo de impedir á los átomos el que pudieran aglomerarse sin un poder que los impulsara, que los impeliese dirigiéndose á un fin, y que ese poder habia de ser el de una inteligencia; puesto que vemos que la materia solo toma en sus movimientos la direccion que un poder inteligente le da. No haremos ni una sola objecion más ¿Para qué? ¿Qué nos podian contestar los atomistas si les preguntáramos en qué consiste la diversidad de sustancias igual á la diversidad de cuerpos; si les dijésemos nos explicaran por qué ningun cuerpo tiene ni un átomo más ni menos de los que debe tener, circunstancia que les permite no dejar de ser? Si concediéndoles lo más esencial, que es la existencia por sí de los átomos, hemos visto que no pueden explicar la formacion de los cuerpos ni el órden del universo, ¿qué contestarian si procediendo con método le probásemos que es imposible que los átomos existieran de toda eternidad? Nada seguramente.

Por eso el atomismo huyó despavorido en la antigüedad, pulverizado por el genio superior de Lactancio, y por el autor de las *Reconociones* (2.) quienes ni una sola de sus afirmaciones dejaron en pie, y en nuestros dias ha huido espantado y mudo ante la elocuente palabra, ante el profundo pensamiento y la lógica inflexible del genio del P. Ventura de Raulica, quien en sus conferencias en

(1.) Dubois--Reymond

(2.) Se atribuyen á San Clemente.

nuestra Señora de Paris, lo ha vuelto á pulverizar en sus modernas afirmaciones.

A las obras imperecederas de estos hombres remitimos á cuantos nos lean, seguros de que ni una sola duda queda desvanecida, ni una sola objecion sin destruir.

Nosotros terminamos hoy nuestro trabajo suplicando á todos que cooperen á arrancar de esos alucinados filósofos la venda que les impide andar por el camino de la verdad. Cierto es que las locuras escitan la hilaridad, y locura y no pequeña es el afirmar que el mundo, compuesto de innumerables billones de billones de átomos, haya surgido de la fortuita aglomeracion de sus combinaciones, formando cada una de ellas un cuerpo, cosa que ni aun en el Kaleidoscopio en que solo hay dos ó tres decenas de papelitos vemos que acontece, causando esto precisamente nuestra admiracion

Pero si la locura es risible, tengamos muy presente que el loco es un desgraciado á quien nos ordena la caridad que curemos

(Se continuará.)

J. SANCHEZ ROS.

A CARMEN....

Un hermoso rosal, fresco y lozano,
En mi huerto planté;
Y de sus ramas infinitas flores]
Coji, niña, después.

De las tristes prisiones de una jaula,
A un pájaro saqué;
Y todas las mañanas á cantarme
Viene al amanecer.

Yo en tu pecho galan y caballero,
Mi corazon dejé:
¿Por qué, pues, lo devuelves destrozado?
Contéstame, ¿por qué?

Ya ves como las aves y las flores
Saben agradecer;
¿Y si cual tú son todas?... ¡ay! responde;
¿Que vale la muger?

J. RUIZ NORIEGA.

REVISTA.

El año de 1873 avanza rápidamente al término de su existencia, y al despedirse del mundo de los vivos, en el que deja tan triste huella, nos manda como últimos recuerdos los rayos de un sol que apenas calienta, y el frío que penetra en los huesos de una sociedad, à la que nada puede arrancar de su egoísta indiferencia. Este año que se va y que pertenece à la vejez del siglo XIX tiene sin embargo, muy poco que envidiar à sus antecesores, y cuando sea llamado à juicio, se presentará con todo el orgullo de quien no ha desmerecido de su raza.

Durante el corto periodo de su imperio ha adquirido, en efecto, honrosos títulos que lo hacen digno de sus ascendientes; y como sería larga tarea enumerarlos todos, nos limitaremos à consignar algunos de los más notables.

La Asamblea Francesa ha declarado tácitamente que la corona de los merovingios sólo puede ceñírsela en adelante un Rey bourgoi y que la nobleza verdadera, la dignidad y los altos pensamientos son cualidades que el año 73 estima en poco, y buenas cuando más para manifestarse humildes en la vida íntima y privada; pero no para lucir esplendentes sobre las gradas de un trono, en donde no hacen falta ninguna.

Los enemigos de la Iglesia católica tienen mas de un motivo de satisfacción: se ha resucitado el viejo imperio de Occidente, y un Cesar nacido en el frío suelo de la germania trata de parodiar las glorias de aquel que nació en Dalmacia; al año 73 pertenecen por consiguiente la dicha de que veamos reproducirse en él algunas de las escenas del tiempo de Diocleciano.

La gran República Americana ha dispensado este año à la pobre España uno de esos favores que nunca se agradecerà en todo lo que vale, y difícilmente se podrá pagar como merece: se digna aceptar la devolución del *Virginus* con todos sus tripulantes y sin otras condiciones que las que se servirá imponer durante el curso de las negociaciones diplomáticas. No hay duda, por lo tanto, de que si el año 73 es glorioso para toda Europa, lo es mucho más para España, atendida esa circunstancia y algunas otras de las que no queremos ocuparnos. De todos, modos creemos que basta lo dicho para probar lo que al principio afirmamos, y también para convenir en que se necesita tener muy fuerte la cabeza y el estómago mas fuerte todavía, para presenciar serenos el espectáculo que ofrece nués-

ra pátria en el año que espira de 1873; y sin embargo, ¡Dios sólo sabe si el que viene lo habrémos de hechar de ménos! Entre tanto Cartagena ilumina de vez en cuando el campamento con resplandores siniestros, y no se ve próximo todavía el término de sus desdichas.

Pocos años han sido tan funestos como el actual, y muchas familias de Lorca conservarán de él un tristísimo recuerdo, porque la muerte les ha arrebatado personas queridas. En todas las clases de la sociedad quedan claros que tardarán en cubrirse, y todavía parece que no se cierra la fatal lista: en uno de los últimos correos se ha recibido la noticia de haber fallecido en Madrid Doña Manuela Moreno Rocafull de Musso, que pertenecía á una de las familias más distinguidas de nuestro país y que llevaba en sí misma la mejor de todas las distinciones: la virtud unida á la piedad más acendrada. Pero como sucede siempre en esta vida llena de contrastes, y en la que se llora y se rie, se sufre y se goza, á continuacion de esa triste nueva vamos á dar una que acaso agrade á nuestros lectores: se preparan para las próximas Pascuas funciones dramáticas, en las que tomarán parte dos Señoritas aficionadas, de cuyo mérito artístico no queremos decir una palabra, puesto que el público tendrá ocasion de juzgarlo; pero á las que enviamos desde las columnas de esta Revista la espresion de nuestra más viva gratitud, por su amabilidad y condescendencia.

La sociedad del Ateneo terminó ya la discusion sobre la influencia del Renacimiento en las Sociedades modernas; en ella han tomado parte los Señores Saavedra, Sanchez Ros, Campoy, Gimeno y Gayon, teniendo puntos de vista distintos para juzgarlo, y de cuyos discursos no escribimos la crónica, porque tenemos entendido que se estan imprimiendo, y muy en breve se publicarán, formando un tomo en el que las personas que tengan gusto en ello, podran leer todos los incidentes de la discusion. En las sesiones que han de celebrarse próximamente va á discutirse el tema *La influencia de Dios en las sociedades de todos los tiempos*—Pronunciará el discurso inaugural el Señor Barberan (Don Carlos. M.^o) siendo el mismo Señor el mantenedor del debate.

El dia de S. Clemente, aniversario feliz para el pueblo de Lorca, se representó en el teatro, como sabran muchos de nuestros lectores, el drama en tres actos y en verso «La Conquista de Lorca». Este drama, que se escribió en quince dias, prueba la aptitud que tiene para esta clase de trabajos literarios su autor D. José Ruiz Noriega. Dejando á otros la ingrata tarea de señalar los defectos que indudablemente habrán de encontrarse en una obra que se escribió tan de prisa, nosotros sólo diremos que tiene situaciones verdaderamente dramáticas, y que el verso es generalmente bueno, y en algunas escenas, de notable mérito. En la misma noche se puso en escena un fin de fiesta original de D. Julio Mellado, el que tiene mucha vis de localidad, y entretuvo al público agradablemente. En

la segunda representacion de *La Conquista de Lorca*, el autor fué obsequiado con una corona, y le arrojaron á la escena flores y versos.

La ejecucion fué buena, distinguiéndose particularmente el Señor Navarro (Don Jesus) que arrancó al público nutridos aplausos. Mucho, esperamos de la seccion dramática del Ateneo, que cuenta hoy con todos los elementos necesarios para proporcionar muy agradables ratos, y las Señoritas que de ella forman parte, contribuirán del mismo modo que las de Bayonas, Gomez, Cánovas y Barberán á que las reuniones en las salas del Ateneo tengan cada vez mas atractivo.

Entre las novedades ocurridas, consideramos justo mencionar las funciones de la plaza de toros, donde Alemon—Tili y su señora han lucido últimamente sus dotes artísticas y han manifestado un valor que raya en lo sublime. Ignoro yo que impresion habrán causado en el público, pero la que á mi me produjeron es de las que se manifiestan por medio de una risa triste que no se puede contener á la vista de seres desdichados que viven á costa de sacrificios casi estériles y de exhibiciones ridículas.

Tambien el Casino ha tenido reuniones semanales, que aun cuando poco concurridas, las ha hecho muy agradables lo escojido de la sociedad.

No podrá decirse con razon que á pesar del azul implacable del cielo en el que no se ve una sola nube, no tienen las gentes ocasion de divertirse, ni carecen de humor para hacerlo; sin duda alguna se apresuran á disfrutar con impaciencia algo febril las distracciones que se presentan antes de que el aluvion de impuestos y contribuciones que se nos viene encima dejen vacío el fondo de los bolsillos y hagan inaccesible la luz y el aire dentro de sus casas para los que no tengan una gran fortuna. Pero esto es preciso olvidarlo, si hemos de vivir, y para conseguirlo, vamos á proponer un enigma á nuestros lectores. La noche del último concierto en el Ateneo, que tan brillante estuvo, habia en él una señorita muy jóven, rubia, delgada y con los ojos azules como las aguas del mar en un dia claro y sereno; á su lado estaban dos caballeros que sostenian con ella una conversacion al parecer animada, y que era objeto de las observaciones de unas señoras á las que oimos el siguiente diálogo:

—Éstá séria, y la conversacion no debe agradarle mucho.

—Séria ó triste me parece tambien; pero los caballeros que están á su lado tienen bastante talento para hablarle de cosas apropiado para distraerla.

—Indudablemente será asi, pero ello es que su boca permanece sin sonreir y que los ojos vagan distraidos, sin fijarse en ninguna parte; causa habrá para ello, aun cuando nosotras la ignoramos.—En esto y cuando aun hacia vibrar el aire la voz agradable de la señorita de Bayonas, los dos caballeros se levantaron y en el mismo instante ocupó otro uno de los sitios vacantes: la niña rubia se sonrió enton-

ces y su fisonomía cambió de expresión, volviéndose bastante acariciadora, hubo después una ligera nube; pero se disipó pronto, y en el resto de la noche no volvió el cielo á nublarse.

Y ahora pregunto: ¿quienes son las señoritas y los caballeros y cual la causa de los cambios de fisonomía?

La solución en el número próximo.

JOSÉ DEL ALAMO.

A MI AMIGO DON ENRIQUE PEREZ DE TUDELA.

SONETO.

Unos versos me pides, y á fé mia
 No sé que hiciera yo por complacerte.
 Temo al verso lo mismo que á la muerte;
 Pues siempre hallè difícil la poesía.
 Yo bien lo intentaré; más desconfía;
 Pues como en esto soy muy poco fuerte,
 He de entregarme en brazos de la suerte,
 En mis apuros luminoso guía.
 Es la sola manera, á lo que entiendo,
 De poderte servir. Mas al acaso
 Versos, si no me engaño, voy haciendo;
 Y pues mis facultades hoy traspaso,
 Un soneto te haré; pues ya estoy viendo
 Que es fácil por demás salir del paso.

J. B. NAVARRO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

- BARBERAN. D. CÁRLOS MARIA.—La mala novela haciendo su confesion ante la tumba de Cervantes, (poesia,) página 39.
Eudoro, pag. 155.
Fé, valor, piedad y honor, romance premiado por la *Ilustracion Popular* de Valencia, pag. 165.
- BELDA. D. ARTURO.—Bibliografía.—El aire, el agua y las plantas, pag. 91
- CAMPOY. D. JOSÉ MARIA.—Los caballeros andantes, y los literatos de andadura, pag. 42.
La Fé y la Razon, pag. 125.
Una página de gloria, pag. 161.
- CÁNOVAS. D. FRANCISCO.—Viages por el término de Lorca, à través de los tiempos geológicos, con unos caballeros en desuso, pag. 1, 49, 145, 193.
- DEL ALAMO. D. JOSÉ.—Revista, pag. 205.
- DOMINGUEZ. D. RAFAEL.—Teatro, pag. 14.
- FERNANDO DE LA SERNA. D. AGUSTIN.—Al Ateo, (poesía), pag. 71.
Teatro, pag. 30.
La venda de Santa Teresa, pag. 105.
- GAYON. D. ANTONIO.—Apuntes históricos. Origen del feudalismo, pag. 442.
- GARCÍA VISO. D. ALEJANDRO.—Un simil, (poesia,) pag. 128.
- GOMEZ NORIEGA. D. JOSÉ.—A una Mariposa, (soneto,) pag. 6.
- GONZALEZ DE TEJADA. D. JOSÉ.—Los papayos, pag. 23.
El Llanto, pag. 119.
Lo que hay en una cabeza, (poesia,) pag. 135.
Crónica de Madrid. Mes de Noviembre, pag. 189.
- MACULÉ, D. FRANCISCO.—Educacion, pag. 140.
- MELLADO. D. BRAULIO.—Estudios científicos, Los Fiscales en España, pag. 17.
Bibliografía.—Principios de economía política, por D. Eduardo Coll y Masadas, pag. 78.
A mi amigo D. Cárlos Maria Barberan, (letrilla,) pag. 108.
- MELLADO. D. JULIO.—Los Libros de Caballería. Apuntes literarios, página 46.
- NAVARRO. D. JESUS.—La medida del tiempo, pag. 27.
A mi amigo D. Enrique Perez de Tudela, (soneto,) pag. 208.
- ORMAECHE Y BEGOÑA. D.^a ERMELINDA.—A D..... (soneto,) pag. 118.
El origen del mal, pag. 152.
Carta á una amiga, pag. 182.

- PEREZ DE TUDELA. D. ENRIQUE.**—Apuntes sobre la música y demás bellas Artes en general. Dios pag. 65.
Unidad, pag. 129.
- PERIAGO. D. TOMÁS.**—Geografía histórica. De las Religiones, pag. 58.
Estudios filológicos. del lenguaje, pag. 97.
- PLÁ. D. FELIPE.**—El espíritu del hogar, pag. 7.
A Cervantes, (soneto,) pag. 45.
En el Album de P. P. M., (soneto,) pag. 61.
El beso de su hijo, (poesía,) pag. 90.
El suicidio, (soneto,) pag. 119.
Siempre andando, (poesía,) pag. 197.
- PUCHE. D. JOSÉ.**—Mi gratitud á Dios, pag. 12.
- REDACCION.**—Crónica, pag. 62.
Necrología. D. Manuel Breton de los Herreros. pag. 176.
- RUBIRA. D. JACOBO.**—El Anfiteatro de Roma, (poesía,) pag. 92.
A la Sra. D.^a Agustina Fajardo y D. José Montegrifo con motivo de la muerte de su hija Luz, (poesía,) pag. 185.
- RUIZ NORIEGA. D. JOSÉ.**—El diamante de hielo, (poesía,) pag. 80.
Los dos suspiros, (poesía,) pag. 84.
A mi Madre, (poesía,) pag. 122.
A Cármen, (poesía,) pag. 204.
Un recuerdo, (poesía,) 141.
Tú y yo, (poesía,) pag. 158.
Verdades de á fóllo, (poesía,) pag. 181.
- SAAVEDRA. D. EULOGIO.**—El Cautivo, (poesía,) pag. 20.
Cervantes. Breve reseña de su vida y escritos, pag. 33.
Glorias de Lorca. Fantasía, leida en una de las solemnidades del Ateneo de esta Ciudad, (poesía,) pag. 53.
Recuerdos y timbres de Lorca, pag. 177.
- SANCHEZ ROS. D. JOSÉ.**—La felicidad de la vida, pag. 86.
Estudios filosóficos, pag. 138.
Mi Ilusion, (poesía,) pag. 150.
Bibliografía.—La República en España (2.^a edicion,) por don José Maria Ordoñez.—La fórmula social por D. Ubaldo R. Quiñones pag. 159, 173.
Estudios filosóficos. Errores cosmológicos. Atomismo, página 198.
- SELGAS. D. JOSÉ.**—El fruto prohibido, pag. 73.
El Libro de las familias, pag. 81.
Aire. sombra. polvo, humo, (poesía,) pag. 103.
La Celebridad, pag. 143.
Uno viene y otro va, (poesía,) pag. 192.
- VILCHES. D. ERNESTO.**—A María, (poesía,) pag. 112.

